

BERTA LA COSTURERA

por
MADGE BELLAMY



49

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60
CLP

BERTA LA COSTURERA

BIBLIOTECA ESPAÑA

BERTA LA COSTURERA

MANUEL BELLERÍN

UNA CUENTA



EN TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA :
HERNANDEZ DE SERRA Y RUSSELL,
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO 6-104; BARCELONA :



BERTA LA COSTURERA

Prólogo

Tanto en nuestro país como en el extranjero sigue siendo el trabajo de la mujer una indigna explotación, para las que viven a su costa.

Sin embargo, si ustedes entran en uno de esos talleres donde acuden las jóvenes a dejar sus energías por un modesto sueldo que apenas si les da para cumplir sus más modestas necesidades, no se darán cuenta de lo que en realidad ocurre en el fondo del alma de aquellas infelices.

Examinadas, aun ligeramente, una por una las mencionadas obreras, entonces si que se podría hacer un estudio ajustado de su situación; pero en conjunto, examinadas en el taller en plena fiebre del trabajo, diríamos con satisfacción que todas eran felices, o al menos así lo demostraban dada la alegría de sus

rostros y las sonoras carcajadas que de vez en cuando resonaban, siempre que el encargado o el dueño no estuvieran presentes.

El taller de costura donde trabajaba Berta Sloan podía llamarse muy bien *el penal de la aguja*.

Solamente la alegría de la juventud allí reunida podía iluminar la lobreguez que en el referido taller se respiraba.

Y la más alegre, la más confiada en el porvenir, la más dicharachera, contribuía a la sugestión de las demás. Esta era Berta, una simple operaria allí, mas una especie de reina, atendiendo a las fantasías de su imaginación.

Y es que Berta consideraba su humilde trabajo como un escalón para pasar a un plano superior, donde, según sus ideales, triunfaría con una leve sonrisa en sus labios.

En honor a la verdad, hemos de decir que la joven costurera reunía las más preciosas cualidades para triunfar, y entre estas cualidades, a más de su gracia y belleza, tenía la principal, que era la fe ciega en su valimiento.

No queremos decir con esto que fuera una ridícula orgullosa; al contrario, para sus compañeras, y especialmente para sus inseparables amigas Flora y Josefina, era lo que se llama el paño de lágrimas y la consejera más desinteresada y más experta.

Estas dos amigas correspondían como es debido al cariño que les profesaba la alegría del taller y pro-

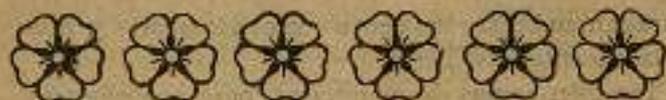
curaban en utilizar sus penas acercándose más y más a la encantadora Berta.

También hemos de manifestar, para que nuestros lectores sepan a qué atenerse respecto a los caracteres de las tres compañeras, que Flora, ansiosa de salir de la *perro* vida que según ella llevaba, no habría tenido escrúpulos con tal de trocar sus sueños en completa realidad.

Josefina, menos ambiciosa o quizá no tan castigada como Flora por el infortunio, era feliz con el reflejo de la alegría que siempre se dibujaba en el rostro de Berta.

Pero en fin, es el caso, que con ambiciones, con sueños y con la pena cotidiana del excesivo trabajo, continuaban en el taller un día y otro día, siempre con la confortable esperanza de mejorar.





CAPÍTULO PRIMERO

Más que el trabajo tan penoso como mal retribuido, se tenía que lamentar en el taller las pésimas condiciones del dueño. Un hombre enriquecido a costa de los pobres seres que caían en sus manos, de los cuales no solamente hacía objeto de su negocio, sino de sus torpes caprichos.

De aquí que aquel enjambre de costureras le tuvieran casi pánico cuando recorría el espacioso taller, y más aún cuando particularmente llamaba alguna a su despacho.

Una mañana, durante el cuarto de hora que se les concedía para almorzar, notó Berta que su compañera Flora no tenía el semblante risueño como de ordinario.

— ¿Qué diablos te ocurre hoy? — le preguntó acercándose.



El taller de ropa blanca

— Ya te lo puedes figurar. ¿No sabes que ayer me mandó llamar este tío *desafinado*?

— No sabía nada.

— Pues me llamó y me dijo que si me quería encargarse de la tercera sección.

— Vamos, eso ya es bueno para ti.

— No lo creas. Después me salió con la pata de gallo de que quería cenar conmigo esta noche.

— ¡Y tú?

— Lo reflexioné, y antes de que pudiera resolver se me agarró a la cintura brutalmente.

— ¡Qué asco de hombre!

— Y tanto; como que para desprenderme de él le tuve que dar un empujón, obligándole a que se quedara sentado sobre un canasto de ropa blanca.

— ¡Bien hecho!

— Después salí del despacho temiendo otra acometida, y aquí me tienes esperando a que me eche a la calle por la cosa más pequeña.

— Calla, que ya está aquí el hombre.

En efecto, el individuo en cuestión hizo su entrada en el taller, mirando de un lado a otro, hasta que vio a Flora ocupando su sitio.

El tío *desajinado*, como le llamaban, llegó hasta la joven costurera, y sonriendo diabólicamente le hizo varias preguntas respecto al trabajo, a las cuales contestó reposadamente la machacha.

No se quedó muy satisfecho, y tomando en sus manos una prenda de ropa que Flora tenía junto a la máquina, la examinó detenidamente.

— ¿Esto es de usted? — preguntó rascándose una oreja.

— No, señor.

— ¿Cómo?

— Que no es mío... porque no lo he comprado.

— Quiero decir que si es trabajo de usted.

— Sí, señor. ¿Por qué me lo pregunta?

— Porque un ciego cose mejor que usted.

— ¡Y ahora se da usted cuenta?

— Cuando me he fijado.

— Pues no sé hacerlo mejor.

— Por la misma razón queda usted despedida de mi casa.

— Ya me tenía calada yo esa.

— ¿Qué?

— Nada, que me marcho ahora mismo, y le juro que tú en esta calle volveré a poner los pies en mi vida.

Y diciendo esto salió del taller, no sin que Berta se hubiera fijado en lo que acababa de pasar.

Aun no se había vengado del todo aquel mal hombre, y conociendo la amistad que Flora tenía con Josefina, se fué derecho a ésta.

De nuevo volvió a hacer la misma operación de antes, examinando minuciosamente el trabajo de la joven.

— Está visto que aquí no tengo un encargado que vigile mis intereses como es debido — dijo no muy bajo para que lo pudiera oír la interesada.

Esta bajó la cabeza avergonzada y no se atrevió a rechistar.

El dueño continuó:

— ¡Y pensar que he de pagar un trabajo tan infame como éste!

— Señor, yo hago lo que las demás, y aun creo que más que otras a quienes lo se les dice ni palabra.

— ¡Basta! ¡Queda usted despedida!

— ¿Pero se puede saber la causa?

— ¿Aun quiere que le hable más claro? Porque no me conviene usted en mi casa, porque se perjudican mis intereses. ¡Ra! ¡Largo de aquí!

La pobre muchacha se levantó de su asiento y salió del taller más avergonzada que su amiga.

El amo volvió a sonreír y fué a dirigirse a la máquina donde costía Berta.

Pero ésta no esperó a que llegara y le salió al encuentro plantándose en jarras ante él.

— No es preciso que se moleste usted en repasar mi trabajo — le dijo la joven con singular aplomo.

— Creo que como dueño del taller puedo inspeccionar cuanto quiera.

— Desde luego; pero con las demás obreras. A mí no hay que inspeccionarme el trabajo.

— ¿Por qué causa?

— Por la sencillísima razón de que me despido en este solemne momento.

El dueño, a pesar de su cinismo y sangre fría, se quedó desconcertado y sin saber qué contestar.

Berta volvió a la carga; y levantando la voz para que las demás trabajadoras lo oyeran perfectamente continuó:

— ¡Sepa usted que estoy del taller hasta la mismísima coronilla!

— ¡Silencio, descarada!

— No he concluido. Y del amo, vamos, de usted,

más cansada que del taller. ¿Qué se había figurado? ¿Se creía que se iba a dar el gustazo de despedirme?

Y dando media vuelta, se lo dejó como una estatua aguardando la rechifla y las risotadas de las demás muchachas, a quienes de buena gana habría despedido si el egoísmo del negocio no se hubiera interpuesto a su capricho.

* * *

Aun tuvo tiempo Berta de encontrar en la calle a sus compañeras.

— ¿Pero a ti también te ha despedido? — le preguntó Josefina.

— A mí no hay quien me despida de ninguna parte, y menos ese tío.

— Entonces...

— He sido yo la que se ha despedido, después de haberle dicho cuatro verdades.

— Siento, cájica, que hayas hecho eso por nosotras.

— ¿No habríais hecho lo mismo por mí?

— Claro que sí.

— Pues no hablémos más.

— ¿Y ahora qué haremos?

— Vivir, sí, vivir como siempre, con la alegría de siempre, con la esperanza de vencer.

— Siempre nos animas con tus palabras.

— Y lo que te rondaré, morená.

- ¡Pues adelante!
- Hasta la fecha hemos estado unidas y del mismo modo seguiremos.
- Justo, somos las tres inseparables.
- Inseparables y valientes como *los tres mosqueteros*.

Y las tres muchachas estrecharon sus manos como juramentándose para el porvenir.



CAPÍTULO SEGUNDO

Lo más lógico sería suponer que Berta había dejado su colocación tan gallardamente porque tenía las espaldas guardadas. Esto es, porque en su casa tenía medios suficientes para resistir el tiempo que permaneciera sin trabajo.

Pero si penetramos en el hogar de la costurera, nos daremos cuenta a primera vista de que allí falta hasta lo más imprescindible para vivir aun con excesiva modestia.

¿Única habitación medianamente presentable? El comedor, con su *mesa correspondiente*. ¡Pues no faltaba más! Media docena de sillas, un armario con la *vajilla* y un sillón amplio, muy amplio, donde el padre de Berta, *Lumbago Sloan*, se pasaba la vida y esperaba la muerte sin demostrar ni por asomo la

mejor gana de dedicarse a una faena activa que le diera para ayudar al sostenimiento de su casa.

Allí no se pasaba más que con el sueldo que entregaba todas las semanas la joven costurera.

Por lo mismo la señora Sloan, madre de la muchacha, no dejaba de la mano al vago de su esposo, esperando que alguna vez saliera de aquella especie de enfermedad que ya habían calificado muchos de *gandulitis aguda*.

Esta era la situación de la casa de Berta el día en que la animosa muchacha abandonó su colocación con un gesto de emperatriz.

* * *

— Vamos — le decía la esposa a *Lumbago* presentándole un periódico que había tomado de la mesa. — Por favor, por lo que más quieras, dirige una mirada a la sección de empleos vacantes.

— Pero mujer, ¿no sabes que padezco de la vista?

— Anda, hombre... aunque sea con el rabillo del ojo.

— ¡Cada vez te pones más insufrible, cada vez me asodias más!...

— Y tú cada vez te apoltronas más, y más, y más. ¡Ay, si no fuera por Berta!

— ¡Pobrecita! Si no fuera por ella tendría este pobre que trabajar, aunque fuera con el dolor de espalda que no me deja estar derecho.



La cola de aspirantes a modelos era inmensa

— Bien lo puedes decir. Ella es la que mantiene la casa.

Ella, sí. ¡Dios se lo pague!

¿Y no te da vergüenza?

— ¡Qué cosas tienes, mujer! Todo lo contrario. Es una gran honra para un padre tener una hija que no le deja trabajar.

— Vamos, no me saques el sol de la cabeza y lee, a ver si encuentras algo que te convenga.

— Lo dudo mucho.

— A veces saltan colocaciones que no tienen excesivo trabajo.

— Si encontrara una a mi gusto, puede que me decidiera.

— Pues lee y de ese modo veremos si sale esa colocación.

Lumbago se decidió a desdoblar el periódico, y después de repasarlo detenidamente leyó para él solo y habló después dejando el periódico sobre sus rodillas:

— Aquí veo que Bobe Ruth, ante miles de espectadores, envió la pelota tan lejos, que no la pudieron encontrar por más que hicieron.

— ¡A nosotros sí que no se nos va a encontrar ni con lupa, si tú no te decides a abandonar este sillón!

— Es donde únicamente me encuentro regular.

— ¿Sí? Pues el mejor día lo hago pedazos y los quemó.

— No harás tal cosa. Ya sabes que es recuerdo de mi padre. El pobre se pasó aquí lo mejor de su vida...

— Y tú le has salido a tu padre. ¡Valiente catáplasma!

— ¡Mujer, la salud no se compra! ¡Oh, si yo pudiera desprenderme de este maldito dolor en la cintura!

— ¿Pero no te quejabas de la espalda?

— ¡Claro! Y me sigo quejando. Es que me duele.

todo el cuerpo... y más cuando tú me importunas de este modo.

— ¡Paciencia!

— Sí, paciencia. Y ahora hablemos de otra cosa. ¿Cómo va el almuerzo?

— Descansando, como tú.

— Mira, querida mía, que ya me dice el estómago que se acerca la hora.

— Los enfermos no tienen ganas de comer.

— ¿Ves tú? Ahora has paesto el dedo en la llaga... Ahora me das luz sobre otro de mis muchos padecimientos. Ya no admite duda: estas ganas de comer que no me abandonan, me dicen bien claro que tengo la solitaria. ¡Oh, qué desdicha la mía! ¡Anda, prepara el almuerzo y considéralo como una medicina!

— Pues si quieres almorzar sal de una vez de ese sillón.

Lumbago se puso en pie de mala gana, se despreczó como un galgo y preguntó como si se decidiera a un sacrificio:

— ¿Qué he de hacer?

— Vé al cuarto de enfrente y dile al nuevo vecino que nos preste dos dedos de manteca.

— ¡Manteca, dos dedos!

— Sí, que no se te olvide.

— Dos dedos... ya me acordaré.

— Oye, no le vayas a pedir cerveza, sino manteca.

— Claro, mujer.

Lombago hizo lo que su mujer le ordenaba y se encontró con un individuo con más trazas de hambre que de otra cosa. Un tipo judío de bastantes años y con una indumentaria y un arreglo de cara que daba compasión.

En fin, qué veía el padre de Berta, que se contentó con saludarle, ofreciéndole su amistad como vecino para salir del paso.

— ¡Ya traes eso? — le preguntó la esposa al verlo entrar en el comedor.

— No traigo nada, mujer.

— Pero...

— Ese tío de ahí enfrente no tiene ni navaja de afeitarse.

— Pues nos hemos lucido. ¡Ea! No hay más remedio que esperar el regreso de Berta.

— ¡Berta! ¡Siempre ha de ser ella nuestro paño de lágrimas!

La señora Sloan se asomó varias veces a la ventana, hasta que hizo un gesto de disgusto.

Aun no era mediodía; los coches y autobuses iban vacíos por la calle, y al oír al mismo tiempo la voz de Berta en la escalera, comprendió lo que esto significaba.

¿Cómo se presentaba a aquella hora, cuando las oficinas y los talleres estaban aún abiertos? La cosa ofrecía un aspecto muy malo, y así lo declaró abiertamente la joven entrando en el comedor resueltamente.

— Bueno — dijo dejándose caer sobre una silla. — ¡Ya estoy otra vez de vacaciones!

— ¿Sin colocación? — preguntó la madre, consternada.

— Ya lo habéis oído.

— ¿Pero cómo ha sido eso? — interrumpió a su vez Lombago.

— Pues porque no he podido resistir más tiempo.

— ¡Sin colocación! No me lo digas, que no puedo soportarlo.

— Lo hice en defensa propia. No me preguntéis más.

— ¿De modo que nos quedáramos los dos iguales, hija mía?

— De momento sí; pero yo te aseguro que no he de tardar en colocarme de nuevo y en mejores condiciones.

— Dios lo haga.

Berta tomó el periódico y leyó en voz alta:

«Se presentan buenas colocaciones en la sección Solicitud de Servicios».

— Aquí encontraré lo que deseo, antes que tú, papá, mucho antes, ya lo has de ver.

— ¿A que no? — se apresuró a decir la esposa.

— Encontraré trabajo y sabré conservar la casa mejor que Berta lo hace.

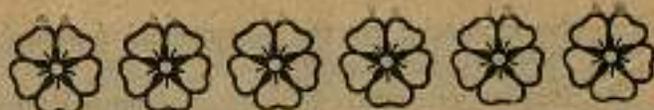
— ¿Puede creerse eso?

— Lo juro. Ya has visto que sé conservar mi puesto.

en este sillón, donde estoy desde hace muchos años. Lo mismo haré en una oficina o en un taller.

— ¿Pero cómo vas a conseguir lo que te propones?

— Haciendo un sacrificio. Nada, no te preocupes, conseguiré la colocación, aunque para ello tenga que salir de aquí. Cuando yo digo una cosa la cumplo por encima de todo.



CAPÍTULO TERCERO

Para Berta no era aquella una contrariedad como para sus padres. Perder la colocación significaba una magnífica oportunidad para buscar otra mejor; y el periódico le indicaba la manera de pasar del algodón a la seda.

Berta, que durante el anterior diálogo sostenido entre *Lumbago* y su esposa no había dejado de leer, levantó la voz para que la oyeran:

«Falta modelo: talla mediana, atractiva, con experiencia. Presentarse en fábrica de ropa interior Diana Lingerie Co., S. Oeste, calle 37, a las nueve de la mañana.»

— ¿Piensas ir, hija mía? — inquirió la madre.

— Naturalmente; pero hay que tener paciencia hasta mañana.

— No es mucho esperar — murmuró *Lombago*.

— ¿No te da vergüenza?

— Pero mujer, ¿quieres que me presente yo también como modelo?

— Como modelo de gandriles te llevarías la mejor plaza.

— ¡Ea! No discutan más ni se acaloren. A mí todavía me queda parte del sueldo. Comeremos hoy tranquilamente y mañana al nuevo trabajo.

— ¡Gracias a Dios que vamos a comer!... ¡Esta maldita solitaria no me deja vivir!

En la fábrica *Diana Lingerie Co.* se notaba, cuando *Berta* se presentó, un movimiento extraordinario; tanto, que la pobre joven tuvo que hacer cola en el almacén, detrás de treinta o cuarenta jóvenes que también habían acudido solicitando la plaza de modelo vacante.

En el despacho de la Dirección se hallaban *Julio Morton*, gerente de la casa, y *David*, principal vendedor, bastante ducho en el negocio de ropa interior a pesar de ser joven y soltero.

Con los dos empleados se encontraba una señorita bastante agraciada.

— ¿No escuchas el ruido que arman allí en el almacén? — le dijo *Julio* a su compañero.

— Han acudido demasiadas.



Raúl ayudó como pudo a Berta en su nueva colocación.

— ¿Qué hemos de hacer?

— Ya puedes decirles que tenemos la modelo que nos hacía falta. El puesto lo tiene usted, señorita.

Julio salió al almacén y con los mejores modas que pudo despidió a las pretendientes, las cuales abandonaron el local refunfuñando.

— ¡Como siempre! — decía una. — Estas plazas se quedan siempre para las amigas de los dependientes.

— No volveré más — añadía otra. — ¡V pensar

que se habrá quedado esa delgaducha que no tiene carne ni para un pastel!

Berta no dijo nada; pero se quedó apoyada sobre el mostrador y como si meditara.

Pasados unos minutos se quedó sola con la dependencia, que por cierto era bien escasa en aquella sección.

De pronto la sacó de sus meditaciones la voz de un empleado que renegaba de su mala suerte.

— ¡Perdón, señorita! — dijo viendo que Berta levantaba la cabeza y se le quedaba mirando. — Estoy atareadísimo haciendo una faena que no me corresponde; y eso es todo. ¡Oh, usted no sabe lo que hay que sufrir!

— Demasiado que lo sé — suspiró Berta.

— ¿Ha venido usted por lo del anuncio?

— Sí, señor; pero ya está ocupada la plaza.

— Lo siento. Usted habría servido... pero quizá en otra ocasión... Un momento, señorita; no puedo atenderla... el teléfono. ¡Maldito teléfono!

Berta sonrió al ver lo atareado que se mostraba el dependiente, y no pudiéndose contener le dijo:

— ¿Pero no ve que se está enredando entre los alambres?

— Ya lo veo, y por eso me desespero. Soy el segundo encargado del departamento de embarques y no entiendo ni jota de esto.

— ¿No entiende usted?

— No, señorita; pero estoy haciendo por nece-

sidad el papel de suplente hasta que se encuentre una telefonista.

— ¿No tienen telefonista?

— Va se lo he dicho; y eso que lo hemos anunciado.

— Quizá yo le pueda ayudar.

— ¿Usted?

— Por lo menos no lo haría peor.

— ¿Pero sabe usted manejar un chisme de éstos?

— No, señor...

— Entonces...

— La mayoría de los operarios tampoco saben.

— Pues si usted se decide...

— En fin, si es algo así como las máquinas de coser, me atrevo... ¡Vaya si me atrevó!

— Y yo creo que saldrá usted airosa con su cometido.

— ¿De veras?

— Tiene usted una sonrisa que garantiza su triunfo.

— ¡Caramba! La sonrisa no se ve por teléfono.

— Pero se adivina. ¡Ea! ¿Quiere usted probar?

— Para luego es tarde.

Y el suplente colocó a Berta en el aparato, y la joven con su natural intuición descareó los alambres y lo hizo funcionar sin gran trabajo.

— ¡Bravo! — exclamó Raúl entusiasmado. — Ahora mismo voy a decir que ya tenemos telefonista para que sea retirado el anuncio.

Momentos después telefonaba Berta a la Dirección de la casa.

— ¿Quién habla? — preguntó el gerente.

— La nueva telefonista.

— Magnífico. Espero que sea usted tan simpática como su voz.

— Gracias; ya sabe usted que me tiene a sus órdenes.

Durante la mañana desempeñó Berta su cargo a las mil maravillas, ayudada de vez en cuando por el simpático dependiente de la sección de embarques.

Y antes de la hora de salida ya era la nueva empleada conocida ventajosamente hasta de los altos empleados.

De aquí que la muchacha saliera hacia su casa más contenta que unas pascuas, habiendo dado un millón de gracias al joven que con tanto desinterés como buena fe le ayudara a conseguir la colocación. Ya ni se acordaba siquiera del antipático taller de costura que acababa de abandonar.

— Su entrada en el hogar de sus padres fué triunfal.

— ¿Colocada? — interrogó *Lambago*.

— Y con grandes ventajas. Soy nada menos que la única telefonista de la importante fábrica Diana.

— ¿Pero, tú entiendes de eso, muchacha? — interrogó la madre.

— Yo entiendo de todo, y así me lo has asegurado muchas veces.

— ¿Yo?

— Sí, mamá; y ahora me he convencido de que tienes razón. La voz con un timbre de sonrisa es la que triunfa. Mi sonrisa es la que ha obtenido la colocación.

— Pues eso de conseguir no debe costar mucho trabajo — añadió el padre.

— Hija mía, ya tienes un buen empleo. Ahora lo que hace falta es que no lo tires por la ventana.

— ¿Qué ha de tirar, mujer? Berta vale más oro que pesa, y ya verás como me consigue trabajo a mí también, siempre que se trate de sonreír.

En esto se presentaron las amigas Flora y Josefina.

— ¡Están ustedes muy alegres! — dijo la primera.

— Claro, Berta ya tiene colocación. Fué a colocarse de modelo viviente y se ha quedado como telefonista de la casa.

— Esta muchacha es más lista de lo que parece — manifestó Flora con aire satisfecho.

Josefina continuó:

— Oye; ¿por qué no procuras colocarnos a nosotras de modelos? Creo que serviríamos para el caso.

— Mejor que otras. Y os aseguro que en la primera oportunidad que se presente os llamaré.

— Pues no lo olvides.

— Jamás se me olvidan las buenas amigas como vosotras.

— Pues hasta que nos llames.

— Veréis como no me hago esperar.

* * *

Dos días transcurrieron durante los cuales se afirmó en su puesto la telefonista, a la que no dejaba un momento Raúl, el segundo encargado de los embarques.

Este, a pesar de lo que se distraía con la nueva empleada, no dejó de observar ciertas anomalías en el almacén; tanto, que exclamó para sus adentros:

— Aquí pasa algo sospechoso.

De pronto, y como si le acudiera una idea, se acercó al primer encargado:

— Usted — le dijo — no me ha dado la factura del despacho que se hizo anoche en el almacén.

— ¿Y quién es usted para pedirme cuentas?

— Un dependiente que se interesa por la casa.

— Pues a mí no me venga a decir cómo debo manejar el departamento. Morton sabe muy bien lo que hago.

Raúl fué a contestar; pero la llegada, o mejor dicho, el anuncio de la llegada de un importante comprador acabó con el diálogo.

Morton en persona apareció en el almacén, dando órdenes para que todo estuviera a punto.



Bien, señorita. Sus amigas serán admitidas como modelos.

— Tenemos pocos modelos que merezcan la pena de ser presentados — le dijo a Raúl.

— ¿Y los de ayer?

— No necesitamos más que uno; y ahora no hay tiempo de poner más anuncios.

Berta, que desde el aparato oía perfectamente la conversación, vió en el acto la coyuntura para colocar a sus amigas; y valiéndose de la sonrisa de los grandes éxitos, exclamó:

— Yo tengo lo que ustedes desean.

— ¿De veras? — preguntó Morton acercándose.

— Pero usted no será una de esas modelos — interrumpió Raúl. — Usted no puede de ningún modo abandonar el teléfono.

— ¡V quién piensa en semejante cosa! Yo les voy a proporcionar dos amigas más, que tengo la seguridad que han de agradecerles.

— Pues no tarde en hacerlas venir.

— En seguida, de algo me ha de servir el teléfono.

Y Berta consiguió al fin colocar a sus compañeras de taller.



CAPÍTULO CUARTO

Veinticuatro horas después, o sea a la mañana siguiente, se presentaba el famoso, el espléndido comprador Gimberg, rey de la ropa interior de Cincinnati.

El viejo comerciante visitó los diferentes departamentos de la casa, hasta que fué a parar al salón de modelos, donde ya estaban preparadas Flora y Josefina en unión de otras jóvenes.

Entre todas lucían lo mejor y más nuevo del establecimiento.

— Señores — ordenó Morton a los demás dependientes — muéstrenle a este caballero hasta el último detalle de nuestros grandes almacenes. Desde el punto hasta el entredós.

Y las modelos fueron apareciendo, mientras el opulento comerciante, cansado y sin interés por lo

que tenía delante, cerraba los ojos y se quedaba dormido como un leño.

Entretanto y aprovechando la soledad del almacén, se acercó Raúl a la telefonista.

— Ahora podemos charlar un rato, mientras los otros están fuera de aquí — le dijo alegremente.

— Pero sin moverme del aparato.

— Naturalmente. Yo tengo mucho gusto en hablar con usted, porque le estoy muy agradecido.

— Magnífico. Págueme entonces el favor que le hice.

— ¿De qué modo?

— Permitiéndome que la hable de tú.

— ¿Tan pronto?

— Entre compañeros de segunda clase me parece lo mejor.

— Bueno, chico. Vamos a tutearnos.

— Más todavía.

— ¿Más aún?

— Vamos a festejarlo.

— ¿De qué modo?

— Berta, ¿quieres almorzar conmigo?

— Imposible.

— ¿Y por qué?

— No puedo moverme del teléfono mientras el señor Gimberg esté aquí.

— ¿Y el domingo?

— Eso ya es otra cosa.

— Será una comida modesta, aunque yo querría

ofrecerte un banquete de los muchos que merece una reina de belleza como tú.

— ¡Exagerado!

— ¿Y qué me dices de un paseo el domingo también por el Parque Central, en un coche grande, de esos antiguos que cuestan poco dinero?

— Pues me parece sencillamente delicioso.

Hecho el convenio entraron el correo, cuyas cartas dejó Raúl sobre la mesa, pero separando una.

En el sobre leyó:

«Estrictamente confidencial.

Julio Morton, gerente de Diana Lingerie Co., Nueva York.»

El membrete puesto en el sobre decía así:

«Almacenes Lafayette, Brunswick, Nueva Jersey.»

La carta fue a parar, sin abrirla, a uno de los cajones del escritorio.

* * *

Media hora después de haberse dormido el comerciante lo despertó Morton preguntándole:

— ¿Qué le han parecido los modelos?

El ricacho se desperezó como un gato, se restregó los ojos y preguntó a su vez:

— ¿Qué modelos?

Estos. ¿Pero no se ha fijado usted bien en ellos?

— Ni bien, ni mal. Lo único que puedo decirle

con entera franqueza es que, si soplara el viento, podría ver mejores muestras en la calle.

— No e paraba esto de un caballero de su línea gusto — manifestó Morton algo confuso.

Gimberg ni siquiera le oyó y siguió andando hacia el almacén, quedándose parado y con la boca abierta ante la joven telefonista.

— ¡Oh! — exclamó acercándose al gerente. — Esa sí que es una espléndida modelo.

— Es la nueva telefonista.

— Y perdiendo el tiempo dando voces por la trompetilla...

— ¿Le agrada más que las otras modelos?

— Mucho más. ¿Cómo se llama?

— Berta.

— Muy bonito nombre. Ra fin, en caso de que regrese el miércoles, ya hablaremos.

Dicho esto abandonó el local y Morton se apresuró a presentarse a la telefonista.

— Si logra usted interesar a Gimberg como modelo, puede contar con la colocación para siempre — le dijo con cierto aire de protección.

— ¿Pero en qué quedamos, estoy aquí de modelo o de telefonista?

— Aquí está usted de todo; pero esto de modelo no es más que cuestión de un día, de unas horas, mientras esté aquí ese comerciante. Se ha fijado en usted y tengo la seguridad de que cuando la vea como muestra, será objeto de un pedido de importancia.

— ¿Conque modelo por una sola vez?

— Para una sola.

— Pues acepto.

— También convendría que diera unas leccioncitas a sus amigos.

— ¿Y a mí quién me las da?

— Usted no las necesita. Usted tiene una sonrisa que atrae y una belleza que asusta...

— ¡Qué miedo!

— Sí, Berta, sí. Da miedo sólo el pensar que pueda usted querer a un hombre.

— Señor Morton — interrumpió Raúl habiendo oído el giro resbaladizo que tomaba el diálogo. — Se va acercando la hora de salida... y sábado, vamos, ya sabe usted.

— Sí, tienes razón. Voy a mi despacho.

Y volviéndose a Berta, continuó

— Que no se olvide de mí enseguito.

Llegó el domingo, día de adoración, horas con las que sueñan los que trabajan durante la semana.

Berta no dejó de acudir a la cita que le diera Raúl en la fábrica; porque dicho sea en honor de la verdad, la muchacha sentía una viva simpatía por el joven dependiente; una simpatía que poco a poco se acentuaba y que se parecía mucho al amor, sin que la propia interesada se diera cuenta.

Lo primero que hicieron como número preparatorio del programa, fué dar en coche el consabido paseo por el Parque Central.

La mañana era espléndida y por lo tanto invitaba a las expansiones del alma.

Y como la del joven dependiente se hallaba a punto de desbordarse, no tardó en ir dando las primeras señales de su hasta entonces oculta pasión.

— ¡Qué feliz soy! — le dijo a Berta estrechando sus manos. — Para mí no existen hoy las penas.

— Te envidio — contestó la joven, mostrándose tal cual ella era. — Yo tengo penas suficientes para agotar todas mis sonrisas.

— ¿Entonces te pasas la vida fingiendo? ¡Oh, yo habría asegurado que eras feliz!

— Pues no lo soy.

— ¿Ni esta mañana tampoco?

— Te hablaré con franqueza. Esta mañana me encuentro más satisfecha que otras veces, porque tu compañía me es muy grata.

— Gracias, Berta... Yo quisiera tener el poder que hace falta para hacerte completamente feliz.

— Eso es más difícil de lo que parece.

— ¿Por qué?

— Mira, yo no soy sola.

— Ya me lo has dicho.

— Y pienso constantemente en papa, en mamá y en mí porvenir.



Berta se dedicó a preparar a las nuevas modelos.

— Yo creo que el porvenir lo tienes asegurado en la fábrica Diana.

— Yo no veo allí seguridad alguna. El día en que caiga en desgracia con el señor Morton, que es el gerente, ya me tienes de patitas en la calle, porque yo no aguanto imposiciones, vamos, las que me parezcan injustas.

— No te ocurrirá nada. Ya lo verás.

— Además, en los días que llevo en la casa, ni he visto al dueño de todo aquel gran negocio, ni sé su nombre, ni dónde para.

— El dueño viaja siempre por el extranjero. Yo estoy más tiempo que tú en la casa y sólo una vez le he visto y de lejos.

— Ya ves que arraigo se puede adquirir en un establecimiento así. El recurso de un dependiente que cumple con su obligación, está siempre en el dueño. ¿A quién recurriría yo en el caso que antes te he dicho?

Pero Berta, tú sueñas con lo que no ha de pasar... En fin, de momento ya sabes lo bien que has caído en la casa. Sigue así, procurando no llevar la contraria al gerente, y lo demás ya irá viniendo por sus pasos contados.

— Trabajo mucho, Raül.

— Sí, pero el que ahora haces se puede soportar muy bien.

— Es que además trabajo en mi casa; o mejor dicho, estudio.

— ¿Estudias?

— Las horas que tengo libres me las paso dibujando. Tengo gran afición y he de conseguir ser una buena figurinista y una maestra en hacer modelos de novedades. Mira.

Y sacando del bolso un pequeño álbum, le mostró varios dibujos tan afinados y de tal gusto, que Raúl los admiró, dedicándoles muchos y merecidos elogios.

— ¡Oh! exclamó después. — Demuestras una gran habilidad, y me alegro de que tengas aspiraciones.

— Las tengo, no puedo negarlo.

— Y es muy justo.

— Yo no podría ser feliz careciendo de las cosas buenas de esta vida, las cosas que proporcionan las aspiraciones cumplidas.

Hablando así pasó rápidamente junto a ellos un carruaje descubierto; pero así y todo pudieron reconocer a los que lo ocupaban.

— ¡Es Flora! exclamó Berta con cierto asombro.

— ¡Es Morton! — dijo a su vez Raúl.

— ¡Nunca creí que mi amiga se insinuara tan pronto; pero ella sabe muy bien lo que se hace y no tengo que dárle un mal paso!

— ¿Conoces tú a Morton acaso?

— Si he de decirte la verdad, no me he preocupado de su persona.

— Pues una muchacha tiene que ser muy astuta para burlarse de él.

Te repito que ella sabe muy bien lo que se hace. Y yo añado que Morton es un triunfador y eso se aprecia mucho entre las mujeres, ¿verdad?

— No sé...

— Aunque yo creo que hay algo que vale mucho más.

— Desde luego.

— Yo casi preferiría ser siempre empleado del departamento de embarques, si no fuera...

— Termina hombre, termina.

— Ya te lo puedes figurar. Un modesto empleado como yo no puede ofrecer a una mujer como tú lo que necesita para el porvenir.

— ¡Caramba, Raúl... esto es una declaración en toda regla!

— Bien, tómalo como declaración. ¿Y qué tienes que contestarme?

— Que por ahora eres mi mejor amigo, que te quiero mucho, que tengo en ti una confianza sin límites y que debemos esperar.

— ¿Y entretanto?

— Entretanto te exijo que tengas en mí la misma confianza.

— La tengo, Berta, la tengo. De otro modo no podría vivir.

— Pues sigamos como buenos amigos, y yo te prometo que llegará el día que tanto tú como yo ambicionamos.

— Si no tarda mucho...

— No me gustan los hombres impacientes. Y ahora déjame dibujar. Ahí tienes algo poético : un puñado de ovejas en el corazón de una gran ciudad.

Y Berta tomó varios artísticos apuntes que hicieron exclamar a Raul verdaderamente entusiasmado :

— ¡Bravo, magnífico... esto es lo que se llama una maravilla!



CAPÍTULO QUINTO

El espléndido comerciante de Cincinnati volvió a presentarse en los almacenes Diana, y la primera pregunta fué para saber si Berta había sido contratada para modelo.

No admitía duda de que el viejo estaba interesadísimo por ella.

La joven, sin comprender hasta dónde podría llegar todo aquello, se mostraba alegre y satisfecha, atreglando en el espléndido tocador a sus amigas, Flora y Josefina, del mismo modo que a las demás modelos de la casa.

Impaciente como un chiquillo se paseaba Gimberg por el salón, cuando se descubrió la cortina apareciendo el cuadro plástico organizado por Berta.

— ¿Y ahora qué me dice usted de esto? — le interrogó Morton al comerciante.

— Hombre, ya lo ve usted, que no me duermo como la semana pasada.

— ¿De modo que está usted satisfecho?

— Completamente. ¡Oh, en Cincinnati llamaron esto poderosamente la atención. Allí no han visto cosa semejante!... Y si esta señorita quisiera...

Berta, a la cual se dirigía, hizo un movimiento como para salir del salón; pero Morton la contuvo con una mirada.

— Vamos, señor Gimberg. ¿Se decide usted a darnos alguna nota? — intervino el gerente.

— Esta joven tiene la palabra. Todo cuanto lleva encima me seduce, y como no está en mi ánimo desairar a las demás, puede usted entrevistarse con Berta, y ella, con el buen gusto que la caracteriza, formulará el pedido que yo necesito. ¿Le parece bien?

— Muy bien, caballero.

Pero a Berta no le debió parecer lo mismo, puesto que haciendo un gesto de disgusto, se puso detrás de las otras modelos, como si huyera de las incendiarias miradas del viejo.

— ¿Berta! ¿Dónde está Berta? — preguntó el comerciante, apartando una tras otra las modelos — ¿Pero dónde demonios se ha metido esta chica?

— No ha podido salir del salón — habló Morton tan intrigado como el viejo.

Y cada cual por su lado empezaron a registrarlo todo con gran escrupulosidad.



El cuadro no podía ser más llamativo

La joven tenía que aparecer, y apareció escondida detrás de un mueble.

— Venga usted acá, amiguita — dijo riendo a carcajadas el comerciante.

Y agarrándola cariñosamente de una oreja, la hizo salir de su escondite, en medio de la risa de todos los que presenciaron la escena.

Berta comprendió entonces que aquel pobre señor no tenía nada de peligroso y se dispuso a seguir sirviendo bien el negocio de la casa.

— Hoy no me marebo a Cinzinati — dijo Gimberg, dando saltos alegremente. — Esta noche cenaremos juntos. Ya lo sabe usted, Morton, donde siempre y a las ocho en punto.

V sonriendo a Berta, salió del salón contento como si hubiera conseguido un gran triunfo.

* * *

— ¿Qué le parece eso de la cena? — le preguntó el gerente a Berta cuando estuvieron solos.

— Muy bien; pero yo no podré ir.

— ¡Caramba!... Eso sí que no se lo perdonaría.

— Es que tengo otra invitación para esta noche.

— ¿Con algún amigo del alma?

— No señor, con dos amigas del corazón.

— Pues invítelas también.

— Con una de ellas, puede usted hacerlo mejor. Es Flora.

— Pues usted se encarga de la otra.

— ¿Y qué clase de cena será esa?

— Una cena preparada únicamente para que responda al negocio de la casa; y usted, como buena empleada, debe ayudarme.

— ¿Es un deber?

— Ni más ni menos; y al mismo tiempo una fineza por la cual le quedaré muy agradecido.

Claro, Berta recordó las palabras de Raúl, aquellas que acabó por aceptar, confiada como siempre en

sus condiciones especiales y en la seriedad de los principales empleados del establecimiento.

* * *

A las ocho en punto de aquella noche ya tenía el viejo Gimberg dispuesta la habitación reservada en el hotel donde acostumbraba celebrar sus fiestas en las excursiones que hacía a Nueva York.

V poco a poco fueron llegando los invitados, que por cierto no eran muchos. Morton, David, Berta, Flora y Josefina.

A Raúl lo habían dejado fuera, quizá intencionadamente por parte de Morton; pero el joven empleado no dejó por eso de presentarse en el hotel, a la hora en que daba principio el baile en el gran salón de fiestas.

Antes de hacer acto de presencia ante Berta y las que le acompañaban, habló detenidamente con el dueño del establecimiento.

— Tendrá usted lo que me pide — le dijo Durby, que este era el nombre del dueño.

— Necesito antes ver la habitación.

— La verá usted y se le entregará la única llave.

Raúl, satisfecho de lo que acababa de conseguir, se presentó tranquilamente en el saloncito donde se hallaba el gerente con los demás invitados.

Berta se puso en pie, y haciendo uso de su exquisita genialidad, exclamó dirigiéndose al anfitrión:

— Presento a usted a un amigo invitado... invitado por mí. Creo que no habré abusado de su amabilidad.

— De ningún modo, monísima. Usted es la dueña de todo, hasta de mis actos — contestó Gimberg, apurando una copa de champaña, después de las muchas que ya se había bebido.

Flora y Josefina, tan alegres como el viejo, invitaron a éste a bailar en el salón, a lo que se excusó el millonario diciendo lisa y llanamente que no tenía más pareja que una, y ésta era Berta.

— ¡Bravo, bravo! — gritaron todos.

— Veamos cómo da vueltas esta linda pareja — manifestó Morton confiando en que el viejo quedaría en ridículo.

Berta brindó a su vez por todos, y con la alegría que le proporcionaban los vapores del vino espumoso saludó graciosamente al comerciante y casi se lo llevó a rastras hasta llegar al centro del salón de baile.

— No sé si podrá usted seguir más vueltas — le dijo la joven riendo a carcajadas. — Su edad no es muy a propósito para estas cosas.

— ¿Mi edad? Piense en Moisés, que tenía ciento veinte años. ¿Qué soy yo a su lado? Un niño de pecho.

— Pues a bailar.

Y la desigual pareja empezó a dar tumbos por el salón.



Y agarradela de una oreja la sacó de su escondite

Gimberg no podía más y para quedar bien se agarró a lo que pudo, diciendo con aire sofocado:

— ¿No le parece que esta música es terrible?

— ¡Oh, sí! — contestó Berta. — Es malísima.

Y dejando al viejo se agarró a Raúl, el cual la seguía de cerca.

Éste, muy orgulloso, exclamó a las primeras vueltas:

— ¿No te parece la música deliciosa?

— Me parece divina.

Terminado el número de baile, volvieron de nuevo

al saloncito y allí continuó la alegría de un modo estrepitoso.

— Berta es la reina de la fiesta — gritó Gimberg. — Nuestro sencillo gorrión se ha convertido en ave del paraíso.

— Gracias por la lisonja.

— Es la verdad más completa.

— Inlluye mucho el traje, cuyo figurín he dibujado yo.

— ¿Usted, señorita?

— Sí, señor; estoy estudiando dibujo.



CAPÍTULO SEXTO

El viejo Gimberg, cada vez más interesado por la telefonista de la fábrica, siguió dedicándole toda su atención, mientras Raúl, deseoso de poner término al desbarajuste, hablaba a su vez con Morton.

— Pero dígame usted, Morton: — le preguntó al gerente. — ¿Es éste un banquete de negocios?

— ¿Otra vez te vuelves a meter en camisa de once varas?

— Pregunto y nada más.

— Pues bien; me ha parecido oportuno invitar a Berta, especialmente, porque ella domina en la voluntad de Gimberg.

— No parece serio el resorte comercial.

— A mí sí, y por eso lo empleo. Aquí no hay que andarse con repulgos de empanada.

Raúl se encogió de hombros y no contestó, temiendo una discusión que podía degenerar en escán-

dale; pero continuó observando, sin perder de vista a la que amaba de veras, la cual pasaba ya los justos límites de la alegría, tanto con el viejo como con los demás comensales.

Y hasta trazó algunas ingeniosas caricaturas con el lápiz que llevaba en el carnet de bailes.

— Dibuja usted admirablemente, señorita — le dijo Morton.

— ¿Lo cree usted así? Pues aún me falta mucho que aprender.

— Creo que un año en París le sería de gran provecho.

— Mucho, si señor.

— Quizá podamos arreglarlo.

— Puede usted dárselo por arreglado — intervino Gimberg — pero con una condición.

— ¿Cuál?

— Que yo tendría que ir también para cerciorarme de sus adelantos.

— ¡Iremos los dos — habló Morton precipitadamente.

— Eso sería el colmo de mis aspiraciones. ¡Figúrense... un año en París!

— ¡Brindemos por el triunfo de Berta en la capital de Francia!

Las copas volvieron a alzarse y aquello parecía que no iba a tocar nunca a su fin.

Morton consultó el reloj.

— ¡Seis horas estamos ya en el hotel! — dijo levantándose de su asiento.

— ¡Es muy tarde! — añadió Raúl.

— Pues en la calle espera mi auto. ¿Quiere la señorita Berta que la acompañe a su casa?

— Encantada, amigo mío.

— También espera mi auto abajo — manifestó David — si la señorita Josefina quiere que la acompañe.

— Pues nada — habló el viejo levantándose trabajosamente — puesto que me han dejado a Flora, la invito a que suba a mi coche.

Las tres amigas, riendo a carcajadas, iban a salir del saloncito, medio idocadas por el champaña.

Raúl se acercó a Berta.

— ¿Pero así te marchas sin entrar al tocador?

— ¡Oh, qué bueno eres, Raúl! — dijo la joven sonriendo agradecida. — Por lo que veo en éstas me figuro cómo estaré yo.

Y hablando con sus amigas, continuó:

Estos caballeros tendrán la bondad de esperar un poco mientras nos arreglamos.

Dicho esto y guiadas por Raúl, salieron del comedor.

— ¿Dónde está el tocador? — le preguntó la telefonista a su acompañante.

— Aquí — le dijo indicando una puerta al final de un largo pasillo.

Las tres amigas entraron decididas y Raúl cerró la puerta, guardándose la llave en el bolsillo.



CAPÍTULO SÉPTIMO

Minutos más tarde se hallaba fuera del hotel, no sin antes haberse entrevistado de nuevo con el dueño.

— Descuide usted — le dijo el empleado — que todo se hará como tenemos convenido.

— Confío en su palabra.

Y pasó un cuarto de hora... y los caballeros que esperaban empezaron a impacientarse.

Morton fué el primero en acudir a un camarero, el cual no le supo contestar categóricamente a lo que le preguntaba.

— ¿Pero usted no ha visto a esas señoritas?

— No, señor.

— ¿Están en el hotel?

— No, señor. En el establecimiento no quedan más clientes que ustedes.

— ¿Pero si esas señoritas salieron de aquí para dirigirse al tocador!

— En el tocador no hay nadie a estas horas; puede usted verlo si gusta.

— ¿Pero qué pasa? — preguntó Gimberg.

— Ahora lo sabremos — siguió Morton.

Y dirigiéndose al criado, continuó:

— ¿Está el dueño del hotel?

— Aun no se ha retirado a sus habitaciones.

— Dígale usted que le esperamos.

El dueño se presentó en seguida, sonriendo afortunadamente.

— Me parece que sé el por qué me llaman. ¿Esperan ustedes a las señoritas que les acompañaban?

— Justo.

— Pues ha ocurrido lo mismo que en otras ocasiones.

— ¿Y qué ha ocurrido?

— Que se han marchado.

Y volviendo a sonreír, se inclinó ceremoniosamente y salió del salón.

— Esto quiere decir que nos han tomado la cabellera — suspiró el viejo.

— Esto quiere decir que ya estamos aquí de más — habló David.

Los tres hombres, chasqueados de aquella manera y más mustios que nunca, tomaron sus abrigo y se plantaron en la calle.

El auto de Morton, que estaba en la acera de enfrente, viró lentamente y se acercó.

— ¿Adónde? — le preguntó al gerente.

— ¡A casa!

— ¿Adónde vamos? — preguntó a su vez el chófer de David.

— ¡A casa!

— ¿Y usted, señor? — interrogó el de Gimberg.

— ¡A casa!

Y gritando para que le oyeran los otros, exclamó

— No se olviden de *cancetar mi pedido*.

Los dos coches desaparecieron y el chófer del que quedaba en la calle volvió a preguntar

— ¿Adónde desea ir el señor?

— Me importa un comino. ¿Dónde diablos quiere usted que yo vaya?

— ¿Y qué he de hacer yo? ¿Vamos a estar dando vueltas por la población?

— Estoy decidido; líveme a Cincinnati.

* * *

Berta era la más serena de las tres, pero esto no quiere decir que se encontrara firme.

Además, el calor y la quietud de la habitación les hizo a las tres tan mal efecto, que después de ver la habitación rodar de un lado a otro y de contemplar como bailaban las sillas y todos los muebles, dijo la ex costurera a sus amigas

— No podemos seguir aquí. Nos hace falta respirar el aire fresco de la noche.

Y diciendo esto se dirigió a la puerta, que, como ya sabemos, estaba cerrada por la parte de afuera.

— ¡Demonio! — volvió a decir la joven un tanto confusa. — O se me ha trastornado la cabeza o no sé lo que me pesco.

— ¿Pero qué pasa? — interrogó Flora.

— Pues que esta puerta no se abre.

— Salgamos por otra — siguió Josefina, dejándose caer sobre una ancha cama que ocupaba gran parte de la habitación.

— Lo mejor sería que durmiéramos un rato — apuntó Flora. — Tengo un dolor de cabeza y un cansancio.

— Pues a dormir... Me parece que tenemos cama para las tres y aún nos sobra — manifestó Berta.

Cinco minutos después dormían soñando con que se hallaban en un mundo mejor y por lo mismo más *strayente*.

* * *

A eso de las nueve de la mañana sonaron unos golpecitos en la puerta de la alcoba.

Las tres amigas se incorporaron en el lecho y las tres se quedaron sin saber lo que les pasaba. ¿Dónde se encontraban? ¿Qué cama era aquella? ¿Por qué estaban allí?

Una doncella del hotel abrió suavemente la puerta y les preguntó si querían que les sirvieran el desayuno.

Flora fué a interrogar con viveza para salir de cuidados, pero Berta se lo impidió, recordando, aunque vagamente, lo que había pasado.

— El desayuno — ordenó como una reina de opereta.

La doncella desapareció, y entonces la joven recordó con más calma y aclaró a sus compañeras la situación.

El claro talento de Berta vió en seguida en todo aquello la mano de Raúl, que fué el que las acompañó allí. El fué quien las dejó encerradas para evitar, sin duda, algo que después habrían tenido que lamentar, aunque sólo se tratara del escándalo.

Raúl se portó como un caballero, como un hombre que tiene verdadero interés por una mujer, puesto que todo aquello lo había hecho única y exclusivamente por Berta.

Desde luego, y aunque no dándole la importancia que tenía lo hecho, la joven lo agradeció, pero no dejó de recordar también con ilusión la promesa que tanto el gerente como el viejo le hicieron de ir a París.

Era su ideal,



CAPÍTULO OCTAVO

Las angustias en el hogar de Berta se venían aumentando aquella mañana con el desasosiego natural ocasionado por la falta de la joven.

— A mi hija le ha pasado algo — decía *Lumbago* — esto no admite duda.

— Espero que no sea ninguna cosa grave — agregó la madre.

— Es que soy capaz de montar a caballo y revolver todo Nueva York.

— ¿Con sillón y todo?

— Aunque sea en pelo. Por Berta soy capaz de todo... hasta de matar a media docena.

— Cálmate, hombre, cálmate. Ya sabes que Berta es una machacha moderna de las que saben guardarse.

— Pero debería tener más consideración conmigo, pues ha de suponer que al pasar la noche fuera de casa me tenía que preocupar.

— Como a mí.

— Más que a tí, puesto que estoy dispuesto a salir de casa, aunque atrape una pulmonía que impida trabajar.

— Por no buscar, ni la pulmonía buscarás... pero calla, que ya oigo su voz en la escalera.

Berta llegó entonces; pero no con pasadumbre ni demostrando el temor de una justa reprimenda. Todo lo contrario. Apareció radiante de alegría y felicidad.

— ¡Mujer! — suspiró la madre al verla. — Nos has tenido con mucho cuidado.

— Pues yo he pasado el rato más feliz de mi vida.

— Más vale así.

— Pero supongo que no habrás perdido la colocación, ¿verdad?

— Al contrario. Cada vez la tengo más segura.

— Eso ya es otra cosa.

— ¡Voy a París! ¡al gran París!

— ¿Tú?

— Yo, sí señora. ¡Oh, tengo que contárselos todos!

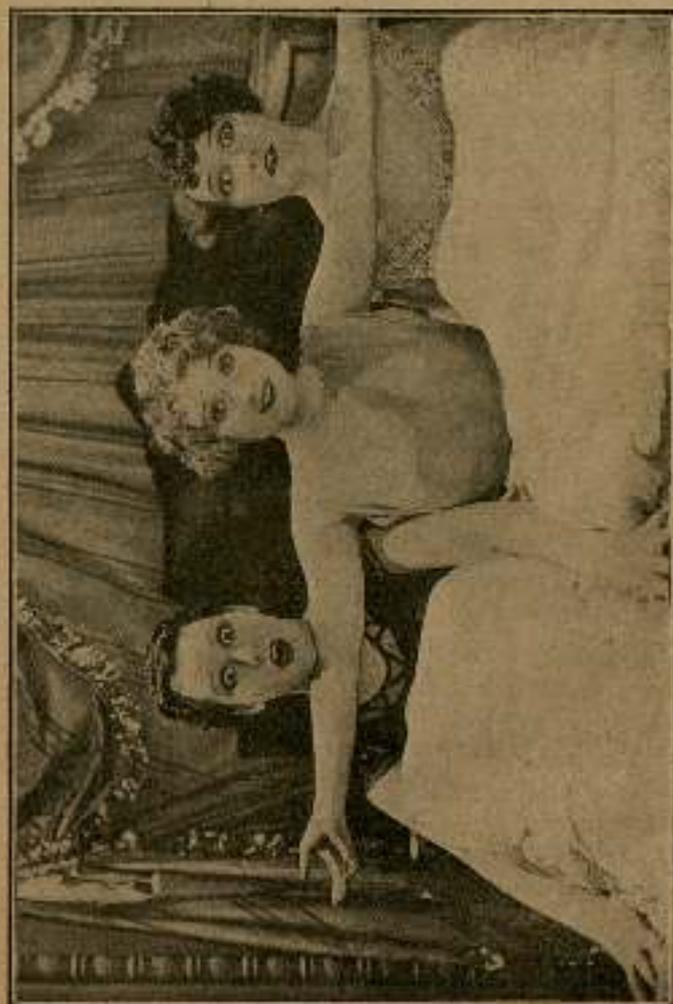
Y Berta les dió cuenta del interés que por ella sentía el gerente de la casa y la protección del viejo Gimberg.

— Pero oye, muchacha — interrumpió la madre — supongo que la protección de ese caballero...

— Desinteresadísima. Nada, que les han entusiasmado mis dibujos y me voy a París.

— Pues iré como apoderado tuyo o no hay caso.

— Tú no puedes hacer ya viajes tan largos, papé.



La sorpresa para las tres amigas fue frenética.

— Por ti lo hago yo todo, aunque tenga que trabajar a todo.

— Bien ; mas por ahora no hay que precipitarse. Hasta dentro de seis meses no me podré marchar de aquí.

— ¿Ves? Entonces tengo tiempo de sobra para descansar.

— ¡Ay, mamá! Tú no sabes lo feliz que me siento, y todo por ti.

— Por mí y por todos.

— Sí, por ti, por ti ; porque esto quiere decir que tendrás todo lo que siempre has deseado.

— Y lo que yo desco también con toda mi alma — manifestó el padre. — Ya es hora de que esta infeliz descanse lo mismo que yo.

Ya se comprenderá por la ilusión que Berta demostraba, que vivía tranquila respecto a las torpes intenciones de Morton y que le creía únicamente interesado por hacerla subir en beneficio de los intereses de la casa que representaba.

Pero Morton, cuya honorabilidad era bastante dudosa, después de haberse enriquecido con negocios fraudulentos a costa de la fábrica, tenía ya formado su plan de retirada al extranjero, y, últimamente, obcecado con la belleza de la joven, pensó acabar sus fechorías llevándosela con él como si hubiera adquirido el mejor juguete.

Raúl, sin embargo, estaba alerta.



CAPÍTULO NOVENO

Las relaciones entre Berta y el modesto empleado continuaban, sin que las empañara más nubecilla que los celos de Raúl.

— Vamos, hombre — le decía ella, — no tienes razón para hablar así del señor Morton.

— Ya ves si la tuve cuando os eucerré en el hotel.

— Aquello pasó sin consecuencias.

— Porque me previno. ¡Ah, es Morton capaz de todo!

— Deja que me lleve a París, deja que yo llegue al puesto que ambiciono y no te preocupes más.

— Pues mira, yo quisiera quitarte esa idea.

— ¿Cuál?

— La del viaje a Francia.

— Pero Raúl: yo creo que deberías alegrarte de la oportunidad que se me presenta.

— ¿Cómo quieres que me alegre de lo que te arrebató de mi lado?

— ¿Pero es que no piensas en mí porvenir?

— A todas horas... eso no lo dudas.

— ¿Y en mis padres no piensas?

— Pienso en todo.

— ¿Y qué será de ellos si yo no aprovecho la ocasión que se me presenta?

— ¿Pero es que yo no les he de servir de nada?

— De mucho, ya lo sé. Pero mira, Raúl, y esto no lo tomes como ofensa, yo no me casaré contigo hasta que podamos vivir en grande.

— ¡Siempre con la misma manía! Tú no me quieres, Berta.

— Porque te quiero te hablo con la franqueza que lo hago. ¡Eh! Ya lo sabes, quiero que seamos completamente felices, sin que nada nos falte, ni a mis padres, ni a mí, ni a ti.

— Por mí no te preocupes.

El diálogo fué interrumpido por un escribiente de la gerencia.

— El señor Morton desea hablar con la señorita Berta en su despacho — dijo desde la puerta del almacén.

— Ya verás como te traigo buenas noticias dentro de un rato, Raúl.

El muchacho dejó salir a Berta aunque con no poco recelo, y esperó en su departamento.

El gerente se levantó del sillón al ver entrar a Berta.

— Una buena noticia, señorita.

— ¿Ves, Raúl, lo que yo te decía? — murmuró la joven creyendo que aun tenía a su novio junto a ella.

— ¿Decía usted, Berta?...

— Nada, que me alegro mucho, señor Morton.

— La noticia es que el presidente de la Compañía se muestra interesadísimo por ver sus dibujos.

— ¿Entonces usted?...

— Yo le he hecho las oportunas observaciones y nada más.

— Es usted muy bueno, señor Morton.

— Y usted la criatura más angelical del mundo.

— ¿Vendrá aquí el señor presidente?

— No. Apenas si le vemos por estos almacenes. Ahora se hospeda en mi casa de campo a orillas del Hudson. Allí descansa unos días tranquilamente y vuelve a emprender sus largos viajes.

— ¿Entonces?

— Esta tarde la espero en mi casa. Aquí tendrá usted dispuesto el automóvil.

— Pues recogeré todos mis dibujos y no faltaré.

— Espero que consigamos lo que nos proponemos.

— Y yo no sabré cómo pagarle tantas bondades.

* * *

— Ya está, Raúl, ya está — dijo Berta presentándose en el almacén.



— ¡Usted tampoco saldrá de aquí!

— ¿Qué es lo que está?

— Mi viaje, mi porvenir... todo. El señor Morton es muy bueno.

— Veamos qué es lo que ocurre.

— Que el presidente de la Compañía Diana quiere ver mis dibujos.

— ¿Y bien?

— Está en la casa de campo del gerente.

— ¡Muy bien!

— ¿Aun tienes celos?

— Espero, Berta, que antes de ir a esa casa, te cerciorarás de que ese individuo es efectivamente presidente de la Compañía.

— ¡Vaya una sospecha ridícula!

— Y te advierto, además, que tengas cuidado con Morton. Me consta que le has caído en gracia.

— Mejor.

— Para mí no.

— ¡Ea! No seas tonto y ten confianza en la que ha de ser tu mujercita.

— ¡Berta!

— No temas; en último caso, te juro que sabré defenderme.

— Antes de ir, entérate de quién es ese presidente.

— ¿Y por qué no lo haces tía?

— Lo haré, no te quepa duda; por más que me figuro que le conozco demasiado.

Y como era la hora de salir a comer, no hablaron más; pero quedó decidido que Berta iría a la casa de campo.



CAPÍTULO DÉCIMO

Raúl volvió por la tarde al almacén más temprano de lo que tenía por costumbre.

Su intranquilidad era grande, y aun sabiendo que Berta todavía no estaría en la casa de campo, se metió en el departamento destinado al teléfono para recibir cualquier aviso relacionado con la pesadilla que no le dejaba vivir.

— ¿Pero por qué la he dejado marchar? — se dijo. — ¿Por qué no le he dicho la verdad, aunque esto fuera precipitar los acontecimientos?

Y Raúl, obsesionado con lo que le preocupaba, no se dio cuenta de que ya empezaban a llegar los empleados de la casa.

David y Grand, contable el segundo, discutían tan fuerte, que sus palabras sacaron a Raúl de sus meditaciones.

— Si el jefe no acaba con estos embarques urgentes de noche, no tendré más remedio que dejar mi puesto — decía Grand.

— Vamos, hombre, no seas loco, y no saques las cosas de su quicio.

— Vosotros sois quienes las sacan.

David sacó del bolsillo unos cuantos billetes y se los entregó.

— Toma, guárdate esto y calla.

Grand tomó maquinalmente lo que el empleado le ofrecía y se internó en el almacén, más preocupado que de ordinario.

Momentos después se le presentó Raúl.

— Ya le he oído hablar con David — le dijo sin inmutarse lo más mínimo.

— ¿Está usted enterado de algo?

— De mucho, y como me consta su acrisolada honradez, deseo que se explique conmigo con más claridad.

— Pues como no tengo por qué callar, le diré que esto es una cueva de ladrones.

— ¡Oh!

— Se ha encontrado un déficit de setenta y cinco mil dólares.

— ¿V el gerente qué dice?

— Morton no ha venido todavía.

— Ni vendrá.

— ¿Ya lo sabes tú?

— Sí, esta tarde irá a su casa de campo, donde

tiene citada a Berta para presentarla a un presidente imaginario.

— ¡Pobre señorita!

— ¿Quiere usted hacerle un favor muy grande?

— Sí, habla.

— Salga de aquí ahora mismo y vaya a la quinta de Morton con cualquier excusa y telefónceme en seguida lo que ocurre.

— Pero...

— No se preocupe. Yo no puedo abandonar mi sitio hasta que deje las cosas arregladas.

— ¿Pero a ti qué te va ni qué te viene?

— Debo enterar a la policía de lo que ocurre antes de que nos atrapen a todos.

— Entonces voy allá.

— Su misión se reduce a velar por Berta, mientras yo estoy aquí. No tenga recelo alguno, que ya ajustaremos cuentas después.

* * *

Grand partió en un automóvil hacia la quinta a orillas del Hudson; y media hora más tarde se hacía anunciar al gerente, el cual esperaba a Berta con bastante impaciencia.

Así, al ver a Grand en vez de la joven, se puso en guardia sospechando algo anormal.

— ¿Qué le trae por aquí? — preguntó con viveza.

— Vengo sin permiso de nadie a hablar con usted.

— ¿Qué pasa?

— Que estamos perdidos. Anoche, y sin saber quién lo ordenó, se hizo inventario. Ya ve usted lo que esto significa.

— Yo no sé nada. Vuelva otra vez a la fábrica inmediatamente.

— Lo vamos a pagar muy caro.

— Usted que es el contable lo pagará... Yo no. Contra mí no hay pruebas.

— Ah, traidor! Lo que es como yo vaya a la cárcel, usted vendrá conmigo.

Morton fué a contestar valiéndose de su autoridad y de su fuerza, mas en aquel momento apareció la confiada Berta.

— ¿He venido antes que el señor presidente?

— Sí, señorita — se apresuró a contestar el gerente. — Pero como en este momento estoy muy ocupado con Grand, le ruego que pase a esta habitación.

— No es necesario — intervino el contable; — lo que tenemos que hablar puede oírlo muy bien esta señorita.

— Pues a mí no me acomoda que lo oiga. Entre usted aquí, Berta.

— No le haga usted caso... la engaña miserablemente... es un traidor.

Berta dió unos pasos para salir del despacho, pero Morton la detuvo con un gesto, diciendo a la vez:

— ¡Usted no saldrá de aquí, sino conmigo!

Entonces comprendió Berta la razón que tenía Raúl al sospechar de aquél, y trató de forcejear con él para librarse de una encerrona.

Aquí, el bueno de Grand, cumpliendo lo ofrecido a Raúl, quiso apartar al traidor a viva fuerza, sosteniendo con él una lucha terrible.

Y así los dios, agarrados como fieras, salieron al pasillo.

De pronto, lanzó Grand un grito y cayó al suelo vertiendo sangre por la herida que Morton le produjo con un arma blanca.

Después de cometido el crimen y alocado por las circunstancias, cerró por fuera la habitación en que se encontraba Berta y se precipitó al piso bajo con objeto de escapar, para volver después, caso de que pudiera hacerlo.





CAPÍTULO ONCE

Berta se quedó unos instantes sin saber el camino que debía tomar, mas encontrándose con que el malvado Morton la había dejado encerrada, recurrió a lo único que podía recurrir: al teléfono.

El gerente no cayó en la cuenta de que el mismo aparato que tenía en la habitación, que era la que le servía de despacho, podía denunciarle.

Y así fué.

La joven vió su salvación en el teléfono y se puso al habla con la fábrica Diana.

— ¡Soy Berta! — dijo.

— Hablas con Raúl. ¿Qué pasa?

— Morton es un infame.

— Lo sabía.

— Ha herido a Grand y me parece que trata de escapar. Yo estoy encerrada en el despacho de la casa de campo.

Raúl no quiso oír más y telefoneó a su vez a la Jefatura de policía.

— ¿Es usted, Raúl? — le preguntaron.

— Sí — contestó el joven empleado.

— Pues le esperamos para que nos acompañe.

* * *

Va se proponía Morton poner pies en polvorosa, pero se lo impidió David, el cual se presentó jadeante.

— No podemos perder el tiempo — le dijo casi sin poder respirar.

— ¿Pero tan aprisa va la cosa?

— Sí. Todo está descubierto y no tardará la policía en presentarse en la fábrica. Raúl les ha telefoneado.

— No nos encontrarán. Cerca de aquí tengo el yate y una canoa automóvil nos llevará pronto a su encuentro.

— Pues andando.

— Espera.

— No podemos esperar.

— Es que tengo aquí a Berta y no he de dejarla después de los preparativos.

— Eso es una insensatez.

— Es un capricho de rico y nada más.

— Mira — gritó entonces David fuera de sí.

Morton dirigió la vista hacia donde David le indicaba y vió a un auto de la policía que doblaba un recodo de la carretera.

Vienen por nosotros... huyamos — dijo al fin saliendo de la casa con su compañero y dirigiéndose a un pequeño embarcadero rústico donde tenía dispuesta la canoa.

— Puede que logremos escapar si ganamos el yate.

— Lo ganaremos, no te quepa duda. Esta canoa corre más que el viento.

V los dos cómplices tripularon el bote, poniéndolo en marcha rápidamente.

Al mismo tiempo llegaba el auto a la casa de campo, y Raúl, llevando como distintivo la gorra de los policías, saltó rápidamente y penetró en la quinta.

El pobre Grand, aunque había perdido mucha sangre, tuvo fuerzas suficientes para darle detalles de la fuga.

Herido y todo como estaba, oyó desde el pasillo lo que hablaban David y Morton.

— ¿De modo que han logrado escapar? — preguntó Raúl con rabia.

— Han ido a tomar una canoa automóvil que los conducirá al yate.

Raúl habló de nuevo con los policías, saliendo varios números en persecución de los que intentaban fugarse. Otros se dedicaron a auxiliar preventivamente al herido.

Y Raúl, viendo la llave en la puerta del despacho, abrió nerviosamente, encontrando en el interior el objeto de todas sus ansias, que no era otro que Berta.

La joven dió un paso atrás no reconociendo a Raúl de momento, debido a la transformación de su indumentaria.

— Berta! — exclamó con profunda emoción. — ¿No me reconoces?

V diciendo esto se acercó a ella intentando abrazarla.

— ¡Aparta! — gritó la joven con desesperación. — Ya estoy cansada de que me engañen.

— ¿Pero qué dices ahora?

— El presidente no existe; Morton es un miserable y tú no eres el empleado que yo me figuraba.

— En todo tienes razón, Berta. Yo no soy lo que tú creías.

— ¿Lo ves? ¡Oh, este disgusto, esta desilusión, este cruel desengaño me costará la vida!

— No, Berta. Todo se arreglará mejor de lo que tú puedes imaginarte.

— Y entretanto mis padres...

— Esta noche les darás una gran noticia.

— ¿Cuál?

— Que te casas conmigo.

— ¡No y mil veces no! ¡Me has engañado... me ha engañado usted y no se lo perdono!

— Me lo perdonará, en gracia de mi buena fe.

— ¿De modo que usted estaba en la fábrica como espía para vigilar? Yo no me caso con espías.

— Vigilaba por mi cuenta.

— ¿Por su cuenta? ¿Otro enredo?

— Vigilaba mis propios intereses... porque yo... soy el único dueño de la fábrica.

— ¿Tú? ¿Usted?

— Yo, Berta, yo. Tuve noticias de lo que pasaba en mi casa y he querido comprobar por mí mismo la deslealtad de mis empleados.

— Pero podía usted haberme dicho...

— Eso hubiera sido un disparate. Además que nada de aquello tenía que ver con nuestros amores.

— ¿Pero se formaliza usted?

— Me formalizo.

— V mi viaje a París...

— Lo haremos como viaje de novios. Después dibujarás para mí... para tu marido.

— ¡Ay, querido Raúl! ¿No será un sueño todo esto? — acabó por exclamar, cayendo confiada en los brazos del joven.

* * *

No había contado Morton con el muelle donde la policía tenía siempre dispuesto su magnífico servicio de canoas automóviles, y esto fué lo que dió al traste con sus planes de fuga.

— ¿Y dónde piensas que vayamos? — le preguntó David cuando divisaron el yate.

— A la América del Sur. Allí no tendremos nada que temer.

— ¿Y el dinero?

— El mío en el barco.

— ¿Cómo el tuyo?

— El que a mí me ha correspondido. Tú ya has tenido tiempo de enriquecerte en la caja.

— Yo no he hecho nada, confiado en ti.

— ¿De modo que piensas vivir a costa mía? Bueno; haré lo que pueda, si es que no eres muy exigente.

— No. A mí me corresponde la mitad de lo que tienes depositado en el barco.

— A ti lo que te corresponde es una lección como la que le he dado a Grand.

Y sacando rápidamente una pistola, fué a dispararla contra su cómplice; pero éste, que sin duda esperaba la agresión, se lanzó contra el traidor, logrando arrebatárle el arma.

La lucha fué entonces cuerpo a cuerpo, cayendo los dos al fondo de la pequeña embarcación, la cual quedó sin gobierno.

Aquellos dos hombres, tan de acuerdo antes para cometer las irregularidades en la fábrica, parecían que se querían despedazar el uno al otro.

Y todo por la maldita ambición.

Morton buscaba inútilmente el arma con que había herido a Grand, sin saber que ésta obraba ya en poder

de los policías, que la habían recogido del suelo en la casa de campo.

Y viendo que David se defendía bravamente, no tuvo más remedio que capitular, diciendo:

— ¡Basta... David... vamos al yate y todo quedará arreglado! Lo primero es ponernos en salvo.

Mas cuando ya se disponía a empuñar el volante para seguir guiando, vió con desesperación que estaban rodeados por varias canoas.

— ¡Alto! — le intimaron desde una de ellas.

Morton vió la distancia que aun tenían que recorrer para llegar al yate, y lanzando un espantoso juramento volvió a tomar la pistola que estaba a sus pies y disparó, enloquecido, a los policías que tenía más cerca.

Estos contestaron con una nutrida descarga que atemorizó a los fugitivos, los cuales no tuvieron más remedio que entregarse cuando ya se creían en salvo.

Tanto Morton como David, convenientemente esposados, fueron puestos a disposición de la autoridad.



CAPÍTULO ÚLTIMO

Berta y Raúl se presentaron en la casa de la primera, con la dicha retratada en sus caras.

Raúl conservaba aún el uniforme de policía y esta circunstancia produjo un deplorable efecto en los padres de la joven.

— ¿Con un guardia? — exclamó la madre, creyendo que se trataba de alguna falta cometida por Berta.

— Sí, mamá. Acabo de ser detenida por él para siempre.

— ¿Pero qué has hecho, desdichada? — interrogó *Lumbago* haciendo un esfuerzo para levantarse del sillón.

— Lo que hizo mamá. Nada, que he seguido al pie de la letra sus consejos.

— Guardia, no la haga usted caso. Mi hija no sabe en este momento lo que se dice.

— Su hija hablaba perfectamente y de acuerdo con las circunstancias.

— ¿Pero se puede saber lo que ha hecho?

— Lo mismo que usted. Ha buscado un hombre para casarse... y ese hombre soy yo, si es que ustedes no se oponen.

— ¿Un guardia en la familia? — exclamó el padre muy contento. — Me alegro. Así tendremos quien vele por nuestro hogar mientras yo trabajo.

— No, papá; tú no tienes necesidad de trabajar ni de sufrir más privaciones.

— ¿Me vais a colocar en el Cuerpo?

— Tú no volverás a hacer nada más que cuidarte y divertirte como quieras.

— Pero oye, muchacha — insistió la madre. — ¿Te has propuesto volvernos locos a todos?

Aquí la muchacha, sentándose sobre las rodillas de la buena mujer, cubrió de besos su rostro y le contó detalladamente lo que ocurría.

— ¿De modo que este guardia no es guardia? — preguntó sin haber acabado de salir del embrollo.

— No, señora. Raúl, mi Raúl, nuestro Raúl, es el verdadero y único dueño de la fábrica Diana.

— ¿Un millonario! — murmuró *Lumbago* emocionadísimo.

— Un hombre que ha tenido la suerte de hacer una fortuna para hacer feliz a Berta, que será el ángel de mi casa.

— Sí — dijo precipitadamente el padre. — Ahora



— ¡Aparta! — gritó la joven con desesperación.

veo que no me engañan. Esas frases no se le pueden ocurrir nunca a un guardia.

— ¿Y qué has pensado hacer con nosotros? — se atrevió a preguntar la señora a su hija.

Raúl no dejó a Berta que contestara y lo hizo él.

— Berta aun no ha tenido tiempo de pensar en eso; pero yo sí. Ustedes no se apartarán de nuestro lado. ¿Les parece bien?

— Lo que a mí me parece es que le voy a querer tanto a usted como a Berta.

— Basta — habló *Lumbago* interviniendo. — Yo no admito una proposición como esa.

— ¿Pero por qué, papá?

— Porque es bochornosa para un trabajador como yo.

— Muy bien dicho — habló a su vez Raúl. — Este caballero tiene mucha razón, y yo he pensado justamente lo mismo que él piensa, procurándole un empleo digno y que sea de su agrado.

— Eso es hablar bien — exclamó el viejo, entusiasmado.

— ¿Qué quiere usted hacer en la fábrica?

Lumbago se rascó la cabeza y después de una larga pausa dijo:

— Usted ya sabrá por ésta que tengo un dolor en la espalda que no me deja vivir.

— Sí, señor, lo sabía.

— Las piernas no me obedecen cuando yo les quiero hacer marchar: y esta pícara solitaria está siempre pidiéndome algo.

Raúl, no pudiendo ya contener la risa por más tiempo y tapándole la boca a su futuro suegro, exclamó:

— ¡Silencio! Va tengo para usted una colocación admirable. Vigilante perpetuo del cocinero para que no falte en la mesa lo que más le agrada.

— ¡Bravo! — gritó *Lumbago* poniéndose en pie de un salto como en sus buenos tiempos. — Usted tiene más talento que todos los de esta casa.

La charla fué suspendida de repente por la visita inesperada de Flora y Josefina.

* * *

Las dos muchachas no se atrevieron a pasar de la puerta al ver a Raúl convertido en guardia.

— Adelante, adelante — dijo *Lumbago* alegremente.

— ¿No somos inoportunas? — preguntó Josefina.

— Nunca, amigas — contestó Berta, cariñosa como siempre.

— ¿Pero no sabes lo que pasa en la fábrica Diana? — interrogó Flora.

— No hemos estado allí desde esta mañana.

— Pues está llena de policías... y dicen que han preso a varios empleados de los gordos.

— Me dan ustedes una buena nueva — manifestó Raúl. — Así ya estoy más tranquilo.

— Flora, Josefina — dijo Berta, sin dar importancia a lo que su amiga acababa de manifestar, — os presento al que ha de ser mi esposo.

Las dos muchachas se miraron asombradas, habiendo ya reconocido al que ellas tenían por el más modesto empleado del establecimiento.

Berta volvió a dar las necesarias explicaciones, y el asombro que a éstas produjeron no fué para dicho.

— ¿De modo que usted es el dueño? — preguntó Flora a Raúl sin salir de su asombro.

— Sí, aunque ahora somos dos. Berta y yo. Y Berta como dueña cede a Flora su colocación en el teléfono y a Josefina la nombra desde ahora directora de la sección de modelos, atendida a lo que la dueña le diga, para bien del negocio.

— ¿Y yo no haré más que vigilar al cocinero? — preguntó *Lumbago*.

— ¡Le parece a usted poco?

— Pues voy a empezar mis funciones, preparando un banquete para hoy. Quedan invitados todos los presentes.

A los pocos días de ocurrir las últimas escenas que acabamos de relatar, aparecieron en los periódicos ilustrados de Nueva York los retratos de Berta y Raúl, con las siguientes líneas al pie:

«Los sueños de una costurerilla se cumplen al partir en su luna de miel con el empleado *pobre*, que ha resultado nada menos que el opulento propietario del negocio.»

FIN

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS,
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

POR

DIEGO DE MARCILLA

PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES

para ellas, para ellos y para todos

Discretos, declaraciones, con-
firmaciones, esperanzas, reali-
dades, pesadumbres, alegrías
:: :: rencores y celos :: ::

Felicitaciones de Santo, cum-
:: :: pleaños y año nuevo :: ::

por

DIEGO DE MARCILLA

■ ■ ■

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

CUBIERTAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Cada tomo: UNA peseta

BATURRADAS

Hermosa colección de
cuentos, chistes, ocurrencias,
cantos, etc., etc.

— POR —

Juan del Ebro

SE HAN PUBLICADO LOS TOMOS SIGUIENTES

1. CHISTES BATURROS
2. CARTICAS BATURRAS
3. UN BATURRO ENAMORADO
4. LAS BODAS DEL MAÑO
5. OCURRENCIAS BATURRAS
6. GRESCA BATURRA

Bonita cubierta en tricromía

Precio : 15 céntimos

BIBLIOTECA CORAZÓN

Hermosa publicación semanal : Interesantes novelas
de amor y emoción : Preciosa portada en tricromía

¡Interesa! ¡Apasiona! ¡Intriga!

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VIVIR PARA AMAR, por Joachim Renez.
- 2 POR ALLÍ PASÓ EL AMOR, por P. de Clement.
- 3 LA HIJA COMPRADA, por Gérard Dartis.
- 4 POR EL AMOR DE MAUD, por René-Jean Tracy.
- 5 FLOR DE BULEVAR, por Joachim Renez.
- 6 BAJO EL SOL DE COSTA AZUL, por M. Renee Noll.
- 7 LUCHA DE AMOR, por P. de Clement.
- 8 EL ENIGMA DE UNA VOZ LEJANA, por M. R. Noll.
- 9 EL SECRETO DE VILLAPELIZ, por René-Jean Tracy.
- 10 EN EL UMBRAL DE LA DÍCHA, por M. R. Noll.
- 11 PERDÓN DE AMOR, por Guy Vander.
- 12 OCASO DE AMOR, por P. de Clement.
- 13 LA VUELTA AL NIDO, por P. de Clement.
- 14 LA MALA PASIÓN, por Joachim Renez.
- 15 LA DULCE PROMETIDA, por Robert Navailles.
- 16 UNA ILUSIÓN Y UNA AMOR, por Marcela R. Noll.
- 17 EL AMOR QUE VUELVE, por G. Vincennes.
- 18 ANGEL DE MALDAD, por Marcela R. Noll.
- 19 EL MISTERIO DE LA AMAZONA, por G. de Reaso.
- 20 CUANDO EL ALMA DESPIERTA, por R. Navailles.

64 páginas de abundante lectura, 64

Precio de cada cuaderno: 30 céntimos

BIBLIOTECA CORAZÓN

ESTABLECIMIENTO DE LA BIBLIOTECA
EN EL AÑO DE 1880

(Impreso en el Establecimiento de la Biblioteca)

CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN
2. LA BIBLIOTECA CORAZÓN
3. EL AÑO DE 1880
4. EL AÑO DE 1881
5. EL AÑO DE 1882
6. EL AÑO DE 1883
7. EL AÑO DE 1884
8. EL AÑO DE 1885
9. EL AÑO DE 1886
10. EL AÑO DE 1887
11. EL AÑO DE 1888
12. EL AÑO DE 1889
13. EL AÑO DE 1890
14. EL AÑO DE 1891
15. EL AÑO DE 1892
16. EL AÑO DE 1893
17. EL AÑO DE 1894
18. EL AÑO DE 1895
19. EL AÑO DE 1896
20. EL AÑO DE 1897
21. EL AÑO DE 1898
22. EL AÑO DE 1899
23. EL AÑO DE 1900

El Establecimiento de la Biblioteca
se encuentra en la Calle de la Libertad, No. 100

BIBLIOTECA PERLA

TOMOS PUBLICADOS

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Friedrich.
- 2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kati y M. Varhan.
- 3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Wwl.
- 4 AMBICIÓN CIEGA, por Eliezer Bascunan.
- 5 ¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Bourmann.
- 6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Schmidge.
- 7 UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por G. Huilette.
- 8 SOMBRA DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
- 9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
- 10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Polliceri.
- 11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
- 12 SUBLIME BELLEZA, por Audrey Munster.
- 13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
- 14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henry Parlan.
- 15 EL CABALLERO DE HIERRO, por George O'Brien.
- 16 ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
- 17 NINICHE, por Oss. Oswald.
- 18 DESTINO, por Isabelle Ruth.
- 19 LA MASCARA Y EL HOSTRO, por M. de la Motte.
- 20 CARNE DE MAR, por George O'Brien.
- 21 ANA MARIA, por Henry Parlan.
- 22 EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por I. Langalis.
- 23 CORAZÓN DE ACERO, por Red La Rueque.
- 24 EL PRIMER AÑO, por Cathleen Perry.
- 25 CORAZÓN INTREPIDO, por George O'Brien.
- 26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Gentrice Joy.
- 27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.
- 28 SANDY, por Harrison Ford y Madge Bellamy.
- 29 HUELGA DE ESPOSAS, por J. Logan y E. Foxe.
- 30 SIBERIA, por Alma Rubens y Edmund Lowe.
- 31 EL NEGOCIO, por Edmund Lowe.
- 32 TRIO FANTÁSTICO, por Lon Chaney y Mae Busch.
- 33 SALLY, LA HIJA DEL CIRCO, por Carol Dempster.
- 34 EL TESORO DE PLATA, por G. O'Brien y E. Selgy.
- 35 LA CARAVANA DEL ORO, por A. Q. Nilton y L. Barrymore.
- 36 EL MURCIELAGO, por Jack Pickford.
- 37 EL SOLDADO DESCONOCIDO, por M. de la Motte.
- 38 LOS DAINOS ROJOS, por Red La Rueque.
- 39 ORGULLO DE RAZA, por Carissa Griffith.
- 40 EL GAUJÁN DE LOS MARES, por Milton Sells.
- 41 EL SUERO DE UN VALS, por Willy Fritsch.
- 42 TRES HOMBRES MALOS, por George O'Brien.
- 43 EL AGUILA AZUL, por George O'Brien.
- 44 CUANDO SE AMA, por M. de la Motte y Lionel Barrymore.
- 45 ¿POR QUÉ LAS JOVENES ESCOGEN A SU HOGAR?
- 46 EL BAHARÍN DE MI MUJER, por M. Curby y V. Varhony.
- 47 EL CASTILLO DE LA MUERTE LENTA.

PRECIO DE CADA TOMO: 60 CÉNTIMOS